Cuello de botella en el capital global: pandemia, crisis inducida y reconversión capitalista

Humberto Márquez Covarrubias

Una peor que la otra

Cuando menos desde finales de la Segunda Guerra Mundial, la crisis del capitalismo global verificada en 2008-2009 se había distinguido por ser la más profunda y la más extendida. Entonces, la producción mundial medida por el producto interno bruto (PIB) cayó -1.3% en 2009, lo que significó la desaceleración económica más pronunciada desde la Gran Depresión de 1929. Sin embargo, la crisis de 2020, detonada por la pandemia de covid-19, resultó mucho más profunda, cuando la producción global se desplomó -3.4% (BM, 2021).

No se trata de fenómenos aislados, sino de una concatenación de crisis recurrentes, lo que resulta más evidente entre las crisis de 2008-2009 y la de 2020-2021. La primera crisis expresó el patrón clásico de una crisis de sobreproducción y de sobreacumulación.[1] El epicentro se localizó nada menos que en el hegemón de la economía mundial, Estados Unidos, desde donde se propagó al resto del mundo a través de los circuitos financieros y productivos. El centro neurálgico del cataclismo económico fueron los sectores concomitantes de la construcción y el inmobiliario, que se habían distinguido por ser de los más dinámicos de la economía estadounidense, inclusive

[1] En el capitalismo, las crisis más frecuentes son las derivadas de la sobreproducción. A lo largo de la historia del desarrollo capitalista, las crisis de este tipo más ilustrativas se ubican en 1847-1848, 1873, 1930 y 1974-1975.

ISSN IMPRESO 2448-5020 | ISSN RED CÓMPUTO 2594-0899

después del bache recesivo de 2001 contribuyeron a impulsar un periodo de auge económico hasta desencadenar una contumaz espiral de sobreproducción que permitió la acumulación de ingentes cantidades de dinero, que al final de cuentas quedaron sin posibilidades efectivas de ser canalizadas como flujos de inversión renovada en la esfera productiva, lo cual ocasionó un cortocircuito en el ciclo del capital. El gran detonador del colapso fue la propagación desbordada del crédito, y dada la interconexión mundial del capital financiero, los circuitos dinerarios fungieron como correas de transmisión para la expansión de la crisis a los demás sectores económicos de Estados Unidos y, como efecto dominó, al resto de la economía mundial. Desde la lógica de valorización del capital, la clave explicativa reside en la emergencia de un severo problema de realización, toda vez que la producción se despliega de manera incontenible y arroja al mercado un enorme volumen de mercancías que no puede ser consumido y en consecuencia ocurre la obstrucción de la valorización esperada y se frustra la expectativa del retorno del dinero acrecentado por la generación de plusvalor.[2]

Si se atiende a sus causas, la crisis detonada por la pandemia de covid-19 en 2020-2021 no tuvo como origen propiamente un problema de realización, aunque a final de cuentas se expresó como tal. Es evidente que, debido a la gran reclusión, la cancelación de actividades productivas, los estropicios de la distribución y el cierre de establecimientos comerciales, se propició un severo problema de realización de mercancías, y en consecuencia sectores completos y numerosos países se precipitaron en una grave recesión económica. Desde el punto de vista del ciclo capitalista, la crisis fue inducida o

[2] Como es sabido, desde la perspectiva del circuito de capital representado por la fórmula D-M-D' (dinero-mercancía-dinero acrecentado), la crisis de sobreproducción cunde con el desencuentro entre la producción y la realización del valor producido (M-D').

forzada por decisiones en la esfera política y sanitaria, a partir de la propagación de una virosis transformada en pandemia global que puso en jaque a la salud pública. Evidentemente, fue la declaratoria emitida por la Organización Mundial de la Salud (OMS) sobre la emergencia epidemiológica debido a la propagación del SARS-CoV-2 y su efecto pandémico, con la consecuente cancelación de actividades económicas «no esenciales» y el confinamiento de millones de personas en el mundo, lo que ejerció un golpe contundente en el proceso productivo que tiene una armazón mundial y en consecuencia desarticuló el nexo crítico entre producción y realización, es decir, súbitamente se canceló el proceso productivo de una gran cantidad de sectores que operan en el mundo y se trastocó la «normalidad» del circuito capitalista. En la medida en que se inmovilizó una enorme cantidad de trabajadores por razones sanitarias, el conjunto de fuerzas productivas quedó paralizado, salvo en algunos sectores que no pararon o que lo hicieron por un periodo más corto, aun cuando se potenciaron esquemas logísticos y de distribución con procesos de automatización y operación digital. A grandes trazos, se observó que el producto social dejó de circular con fluidez y, por tanto, se generó un desplome global de la producción.

Pero el despliegue incontenible de la crisis no sólo dislocó a la esfera de la producción, sino que también afectó a la del consumo. El desplome del consumo obedece a las políticas impuestas por los gobiernos y autoridades sanitarias que cancelaron actividades que suelen movilizar grandes contingentes de personas y dinero, como los viajes, el turismo, los espectáculos y demás. También los trabajadores fueron afectados en su capacidad de consumo debido a la brutal caída de sus ingresos, particularmente de los que fueron desempleados por el cierre de actividades o porque sus salarios se redujeron a la mitad sino es que más, colocándose en niveles peligrosos de infrasubsistencia.

Inexorablemente, las crisis capitalistas se distinguen por su alcance global derivado de que los circuitos de producción, distribución y consumo están entrelazados a escala mundial a través de una división internacional del trabajo y de un tejido extenso de redes globales de producción que explotan a los trabajadores a escala mundial. De tal suerte que el desplome de la producción y los efectos en la distribución y el consumo tienden a generalizarse. Si se obstruyen los eslabones de las cadenas productivas globalizadas el efecto se amplifica inevitablemente. La internacionalización de la producción cobró importancia desde los 1970 derivado de la expansión de los procesos productivos con las redes globales de producción y la incorporación de países periféricos, provistos de recursos naturales desregulados y fuerza de trabajo barata, donde se instalaron eslabones productivos que abastecían al mercado mundial. Es así como la interconexión sincronizada de los diversos eslabones de la producción cimbra la economía mundial capitalista cuando ocurren estas crisis en el epicentro.

La crisis pandémica propinó un impacto decisivo en la economía mundial al fracturar el ciclo capitalista en sus dos dimensiones cruciales: la realización y la reinversión de capital. Por un lado, con la cancelación generalizada de los procesos productivos a escala global emergieron graves problemas en la esfera de la realización del valor (M–D') y, por otro lado, se obstruyó la esperada renovación del ciclo del capital (D-M). En conjunto, se genera un círculo vicioso descendente que imposibilita la consecución del ciclo del capital representado por la fórmula general de acumulación D-M-D'. Entonces se produce una falla estructural que imposibilita la reanudación del ciclo económico y se obstruye el incentivo para reinvertir el dinero acrecentado en medios de producción y contratación de trabajadores.

Dinámica de la crisis

A diferencia de la reciente crisis de 2008-2009, la crisis capitalista pandémica no se generó por un colapso en el sector financiero, vinculado al quebranto inmobiliario, que luego irradiaría los circuitos globales, como anticipaban muchos analistas. Tampoco se registraron quiebras de grandes bancos. De hecho, después de aquellos años críticos, el sector bancario contaba con balances contables muy restablecidos, y muchos de ellos habían mejorado sus niveles de capitalización. La banca central había adoptado la política de bajar las tasas de interés, además de comprar activos financieros. De manera sintomática, en esta ocasión el sector bancario logró superar, sin mayores sobresaltos, la recesión ocasionada por la pandemia, tan es así que las tasas de insolvencia del sector son mínimas, y más bien hay acumulación de ganancias.

En las principales economías del mundo, los gobiernos intervinieron con programas de ayuda fiscal que representaron más de 10% del PIB. Estas medidas incluían la transferencia de dinero a las familias, como el ingreso básico de emergencia o los seguros de desempleo, y contribuyeron a subsanar el desplome generalizado de los ingresos salariales.

Estrangulamiento

La reproducción del capital productivo ha sido ralentizada u obstruida. Diversos factores, como el incremento de las cotizaciones de los insumos básicos, estrangulan las cadenas de abastecimiento industrial y abaten los niveles de producción esperados.

La anarquía de las fuerzas del mercado y la lógica compulsiva de las ganancias se han manifestado en sectores como el energético, donde ha

sido por demás evidente la dinámica extremadamente inestable a escala internacional de los niveles de producción, demanda y precios del petróleo. Las cotizaciones del crudo han sido completamente erráticas en el mercado mundial: en abril de 2020, el precio del barril se había desplomado a 16 dólares, pero luego se recuperó hasta rebasar los 80 dólares; en noviembre el brent se cotizaba en 82 dólares y el pronóstico al alza es reservado. Tendencialmente, se estima que la demanda supere a la oferta en un millón de barriles de petróleo diarios. Debido al agotamiento de los yacimientos petroleros, que representan alrededor de 3 millones de barriles diarios, se necesita su reemplazo en un contexto donde la demanda está en constante aumento, además de que para la generación de electricidad se está promoviendo la sustitución del gas por el petróleo. En conjunto, la industria petrolera requiere de manera permanente de inyecciones de grandes flujos de inversión. Sin embargo, antes de la pandemia la inversión en el sector no era vigorosa, según la International Energy Agency (IEA).

Sectores emblemáticos del capital global, como la industria automotriz, la electrónica y electrodomésticos, han colapsado estrepitosamente por la súbita escasez mundial de semiconductores (*chips*) debido a que las operaciones de las fábricas y puertos de Asia fueron suspendidas por la pandemia a finales de 2020. Como resultado de la reapertura de actividades productivas en momentos sucesivos de la gestión de la pandemia, merced a la vacunación y el levantamiento paulatino de las restricciones epidemiológicas, aunado a la proliferación de las formas de trabajo a distancia y el uso masivo de productos digitales, sin olvidar el uso generalizado de aparatos y dispositivos tecnológicos, la demanda de semiconductores se acrecentó notablemente, sobre todo en la producción de vehículos y de artefactos tecnológicos que se montaron en la oleada digital catapultada por la pandemia:

teléfonos celulares, computadoras, videojuegos, pantallas y otros productos. Por si fuera poco, los semiconductores son altamente demandados por sectores desarrolladores de tecnologías de punta, como la inteligencia artificial, la red 5G y la robótica, es decir, el sector de la denominada cuarta revolución industrial, que en conjunto está captando grandes flujos de inversión y es uno de los sectores más beneficiados con la crisis pandémica, al ser propulsado y reconocido como la vanguardia tecnológica.

Resulta un síntoma de la época el hecho de que la industria automotriz, precisamente la que venía impulsando la forma protagónica de la fábrica global en el capitalismo durante las últimas décadas, resultó ser una de las más afectadas. Al respecto, considérese que los automóviles nuevos incluyen más de 100 microprocesadores (Kelion, 2021), por lo que, debido al desabasto mundial, una gran cantidad de empresas redujeron sus planes de producción. El sector automotor dejará de producir 7.7 millones de vehículos y resentirá un costo de 210 mil millones de dólares en 2021 según lo previsto (Forbes, 2021). Tan sólo Toyota reducirá la producción global de automóviles en 40%. Pero otras corporaciones beneficiadas también tuvieron dificultades en los suministros, como Apple que experimentó trabas para producir los iPhone, Mac e iPad; en el mismo sentido padecieron dificultades corporaciones como Dell y HP.

A fin de que la oferta pueda alcanzar a la demanda, que se ha venido incrementando, es necesario realizar grandes inversiones, aumentar el número de empresas productoras y disponer de un margen de tiempo para desplegar todo el proceso. Algunas estimaciones indican que para incrementar la capacidad de producción de semiconductores en 10% se necesita una inversión de 40 mil millones de dólares y es necesario un año para la expansión de las plantas de suministro existentes o tres años para nuevas

plantas (Garduño, 2021). La instalación de una planta de semiconductores puede significar una inversión de entre 12 mil y 20 mil millones de dólares y entre dos y cuatro años para instalarla. Tan sólo una máquina de alta precisión con tecnología de litografía ultravioleta extrema (EUV, por sus siglas en inglés) de la empresa holandesa ASML, con capacidad para desarrollar chips de un tamaño de menos de 10 nanómetros (10 mil veces más delgado que un cabello humano), tiene un costo de unos 200 millones de dólares (Padilla, 2021). En Europa, para disminuir la dependencia respecto de la proveeduría de Asia, se ha propuesto construir sus propias empresas de chips, como también se ha sugerido para el caso de México, no obstante, el elevado monto de la inversión y la tardanza en la instalación y puesta en operación puede revertir esa alternativa.

La parálisis relativa en las cadenas de suministro tiene un importante cuello de botella en el plano logístico, es decir, en el encadenamiento del almacenamiento, transporte y distribución. La sobredemanda combinada con la escasez relativa de insumos y mercancías han estresado el tráfico de mercancías que abastecen a las industrias, comercios y consumidores finales; han hipertrofiado las rutas de navegación con su red de puertos, carga aérea, el manejo de contenedores, el transporte por carretera y ferrocarril; además de que han entorpecido el sistema de almacenamiento y distribución de productos. Las demoras en los planes de entregas están a la orden del día, en tanto que se incrementa sensiblemente el costo de transporte de carga.

En la esfera de la producción se resiente la dislocación de la circulación mercantil porque las grandes empresas operan con procesos basados en la premisa del «justo a tiempo» o «inventario cero», es decir, el manejo de pocos *stocks* (como lo han llevado hasta el paroxismo las corporaciones de distribución que operan con procesos automatizados y plataformas digitales),

con objeto de reducir el periodo de rotación de capital constante circulante (materiales de producción) e incrementar los márgenes de utilidad de las corporaciones. La presencia inaudita de bloqueos y demoras en el proceso de suministro redunda de manera negativa en los distintos emplazamientos del encadenamiento de la producción, distribución y consumo.

El sector de transporte de carga ha sido rebasado por las exigencias acrecentadas de la demanda global y los mayores requerimientos de los sistemas de distribución automatizados y el acortamiento de los plazos de entrega. Uno de los sectores más baratos para el transporte masivo de mercancías es, indudablemente, el transporte marítimo internacional, el cual cubre más de 90% del comercio mundial de bienes, pero el tráfico de mercancías no sólo se hace en barcos, sino que articula las vías marítimas y terrestres para combinar el traslado de grandes contenedores de las embarcaciones con el transporte ferroviario y carretero. Sin embargo, durante la crisis pandémica este sistema afronta una incapacidad para cubrir sus compromisos en tiempo y forma. Ha estado en el ojo del huracán porque enfrenta largas demoras en las entregas, las cuales no se han podido superar con el aumento de la capacidad de los portacontenedores debido a que la infraestructura instalada tiene poca capacidad para recibir y movilizar grandes buques. La crisis lo tomó por sorpresa, si se considera que no se han realizado grandes inversiones para construir barcos y mejorar la infraestructura para la operación de carga y descarga, evidencia de que amerita actualizarse y modernizarse. Con la reapertura de actividades, se están demandando más barcos de carga, mejores operaciones logísticas y la implementación de estrategias como el transporte multimodal.

El costo humano

El descalabro productivo en 2020 afectó directamente a los trabajadores activos y amplió el sector de los desocupados. En ese año se habrían perdido unos 255 millones de empleos a tiempo completo (semana laboral de 48 horas), que equivalen a 8.8% de las horas de trabajo a escala mundial, cuatro veces mayor que la crisis de 2009 (OIT, 2021). La mitad de esta pérdida se debió a la reducción de las horas de trabajo de quienes lograron permanecer como empleados y la otra mitad se trata de trabajadores que fueron despedidos. Frente a 2019, el empleo disminuyó en 114 millones de trabajadores (81 millones se retiraron de la fuerza laboral).

El aumento del subempleo y desempleo ocasionó un desplome del ingreso global de los trabajadores. Sin considerar los programas de ayuda de los gobiernos, se registró una caída de 3.7 billones de dólares de los ingresos salariales, es decir, de 8.3% o 4.4% del PIB mundial (OIT, 2021). La caída en los ingresos de los trabajadores se tradujo en una contracción del consumo y, en consecuencia, se afectaron negativamente las inversiones en las ramas que cerraron actividades o que fueron afectadas por el declive de la demanda.

Si se considera que la economía está regida por la ley de la oferta y la demanda, se puede asumir que la caída de la producción repercutió tanto por el lado de la oferta, por una menor capacidad de producción y distribución, como por el de la demanda, debido a los menores ingresos y la caída en el consumo.

La pandemia fue un gran detonador de la crisis, independientemente de que la economía capitalista estaba padeciendo procesos recesivos y no había logrado superar los estragos de la crisis inmediata anterior.

A escala global se recrudecieron fenómenos lacerantes como el hambre o la subalimentación, es decir, la alimentación considerada insuficiente para consumir niveles de energía para una vida normal, sana y activa. La cantidad de personas con problemas de hambre en 2020 era entre 720 y 811 millones, o sea, cerca de la décima parte de la población mundial (9.9%), unos 118 millones más que en 2019 (FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF, 2021). Además, prevalece la malnutrición con su estela de sobrepeso y emaciación infantil, anemia en mujeres en edad reproductiva y sobrepeso en los adultos. Casi 150 millones de niños sufrieron retraso de crecimiento en 2020 y habría aumentado el número de personas que no acceden a una dieta saludable, de los cuales en 2019 eran, a escala mundial, 3 mil millones.

La pandemia vino a desnudar las desigualdades de los sistemas agroalimentarios y la precarización de los mercados laborales. El alto costo de las dietas saludables para las personas pobres, la precarización del empleo y el aumento de la pobreza impidieron que unos 3 mil millones de personas pudieran acceder a una alimentación nutritiva en 2019, sobre todo en Asia, África, América Latina y regiones de América del Norte y Europa (ONU, 2020). La meta de «Hambre Cero para 2030» en el mundo, que de por sí era una fantasía de los organismos internacionales, fue inexorablemente sepultada por la pandemia.

La crisis pandémica ha desatado un aumento inusitado de la pobreza a escala mundial, derivado del cierre de actividades, el desempleo generalizado, la caída de los ingresos de los trabajadores y el incremento de gastos catastróficos por enfermedades desatendidas por los esquemas de salud. Según estimaciones del Banco Mundial, la pandemia ha propiciado un aumento en la tasa mundial de pobreza al pasar de 7.8% a 9.1% derivado de un descenso en el nivel de ingresos, por lo cual alrededor de 97 millones de

personas se suman al rango de pobreza que se coloca por debajo del umbral de 1.9 dólares al día (Sánchez, Hill, Mahler, Narayan y Yonzan, 2021). Para América Latina, se estima que, en un contexto donde la región afrontó una caída de -7.7% del PIB, la pobreza alcanzó una tasa de 33.7% en 2020 y la de la pobreza extrema de 12.5% para el mismo año, ambos indicadores no se habían sobresaltado en las últimas dos décadas, por lo que la región atraviesa por un periodo de regresión social (Cepal, 2021).

Aun cuando hay gran optimismo sobre la proximidad del término de la pandemia, por el avance en el proceso de vacunación y la eventual inmunización de la mayoría de la población —sea por contagio o sea por el suministro del biológico—, hay signos de que la pandemia no está del todo superada, y se advierten nuevas oleadas por las variantes detectadas en diversos países y la desigual vacunación de la población mundial. Aunque se han producido decenas de vacunas e implementado programas de vacunación masiva, sobre todo en los países desarrollados y de mediano desarrollo, el hecho es que centenares de millones de personas no han sido inoculados. Sin tomar en cuenta que existe la posibilidad de que el coronavirus mute hacia variantes más peligrosas y contagiosas que pongan en predicamento la vida de millones de personas o de que se generen otras pandemias. Amén de que se incrementan los desastres naturales debidos al fenómeno global del cambio climático y el modo sociotécnico de producción que degrada los ríos, mares, tierras y ecosistemas. En tanto que el quebranto socioambiental funge como base de las enfermedades zoonóticas, como ha sido el covid-19.

Expectativas erráticas

La expectativa de que la economía mundial se recupere no significa que se superen los problemas estructurales y los enormes obstáculos o cuellos de botella en su funcionamiento global. Inclusive, los organismos internacionales no están muy seguros de que la recuperación sea inminente. Por ejemplo, el Fondo Monetario Internacional (FMI, 2021) bajó la previsión de crecimiento de la economía global a 5.9% para 2021 y 4.9% en 2022 debido a los problemas de suministro en las economías desarrolladas y los estragos en las economías subdesarrolladas, en tanto que advierte que las primeras recuperarán su nivel previo a la pandemia en 2022 y las segundas tardarán más años en hacerlo.

La actividad económica ha comenzado a recuperarse en la medida en que avanzaba el proceso de vacunación —aunque no sin sobresaltos, como lo testifican las guerras comerciales entre las marcas y países productores y el desabasto para países pobres— y en que se fueron abriendo actividades previamente declaradas como «no esenciales» y por ello fuertemente castigadas con el cierre obligatorio. Además, para el tercer semestre, cuando el confinamiento se distendió en el seno de los hogares en muchos países, el consumo de las familias se fue restableciendo y, en consecuencia, se observó una liberación de la liquidez que había sido contenida para la compra de determinados bienes de consumo que no habían tenido mucha circulación, como los equipos electrónicos y los automóviles. No obstante, el desatamiento de la demanda ocasionaría un efecto contraproducente al colapsar la capacidad de respuesta en la cadena de suministro de estos bienes, la detonación de problemas logísticos y de distribución, y en consecuencia la generalización del desabasto de mercancías.

Uno de los sectores que prácticamente había desaparecido de la faz del mercado merced a la pandemia, el turismo y los servicios asociados, ha comenzado a levantar cabeza conforme se abren los destinos de gran turismo, las líneas aéreas reactivan sus servicios, se levantan las restricciones al tráfico internacional y se reactivan los servicios de restaurantes, cafeterías y centros nocturnos. Esto no obsta para que continúe la competencia entre empresas convencionales y la habilitación de plataformas digitales que erosionan a las agencias de viaje, la hotelería y el servicio de taxi.

En el escenario de contención de la pandemia y ante la expectativa de un escenario pospandémico, las grandes corporaciones empresariales, apuntaladas por los gobiernos afines, comienzan a presentar señales de mejoría en sus balances contables y en su situación crediticia, luego del descalabro de capitales que desaparecieron o entraron en fase crítica, y de otros que lograron sobrellevar el vendaval, inclusive de sectores privilegiados que lograron capitalizar favorablemente la crisis. En el centro capitalista mundial, las acciones empresariales de capitales basados en Estados Unidos, Europa y Japón comienzan a registrar subidas estimuladas por los datos positivos en las ganancias corporativas; entonces, la razón entre ganancia y acciones se eleva más que la registrada antes de la pandemia. El escenario parece favorable para las altas finanzas y las grandes corporaciones, toda vez que se estimula la subida en el precio de las acciones, se mantiene bajo control la moratoria o incumplimiento de pagos en bonos especulativos y se disminuye el margen en el precio de compraventa del crédito. El escenario mundial parece ser favorable a la reactivación de los flujos internacionales de capitales, no obstante que se estima que la inversión extranjera a escala mundial es 60% inferior en 2021 a los niveles previos a la pandemia. El sector inmobiliario, que fuera el epicentro de la

crisis financiera anterior, parece estar bajo control en diversos países desarrollados en la medida en que los créditos hipotecarios morosos se han logrado aminorar y de que el precio de las viviendas está al alza. En consecuencia, la relación crítica entre la deuda de las familias y su patrimonio se ha rebajado, y con ello se contienen los mayores descalabros sociales.

Balance provisorio

En lo inmediato, los indicadores económicos registran, paso a paso, una recuperación de la economía mundial derivada de la apertura de actividades productivas y la reactivación de sectores que movilizan a grandes contingentes, como el educativo, el transporte, el entretenimiento, entre otros más. Sin embargo, conviene tener en consideración la serie de grandes cambios detonados por la crisis de la pandemia y descifrar sus repercusiones presentes y futuras.

En lo profundo de la crisis económica y pandémica, se registró un nuevo episodio de aumento de la deuda externa de los países periféricos, subdesarrollados y dependientes. Antes de la pandemia, para 2019 la deuda externa de los países en desarrollo alcanzaba la cantidad de 10 billones de dólares, lo cual ya suponía un récord que duplicaba la cifra de 2009 y cuadruplicaba la de 2000 (ONU, 2020). En consecuencia, estos países han estado condenados a transferir mayores recursos nacionales para sufragar la carga de la deuda, en detrimento de sus posibilidades de acumulación, de por sí menguadas. La mayor parte de los gobiernos del mundo respondieron a la crisis de covid-19 con programas de estímulos fiscales, monetarios y financieros. La recurrencia a la deuda se tradujo en un incremento de su carga en los países subdesarrollados de bajos y medianos ingresos, la cual

para 2020 llegó al nivel récord de 860 mil millones de dólares. En estos países, el incremento de la deuda fue superior al incremento de las exportaciones y del producto nacional bruto (PNB). La relación entre deuda y PNB, sin considerar a China, aumentó de 37% en 2019 a 42% en 2020 y la relación deuda y exportaciones pasó de 126% en 2019 a 154% en 2020 (BM, 11 de octubre de 2021).

En este contexto, se han prendido los focos de alarma en la economía china, particularmente en el sector financiero e hipotecario, donde la constructora Evergrande, que representa 25% del sistema financiero chino, está en peligro de caer en situación de impago, y se ubica en la punta de una posible crisis hipotecaria. Además de que existen fondeadoras no bancarias de créditos hipotecarios que operan al margen de la regulación financiera y otorgan créditos apalancados en deuda, es decir, operan como banca en la sombra. Esto es importante porque China funge como la locomotora de la economía mundial y la infraestructura hipotecaria ha sido considerada uno de los grandes motores del crecimiento económico chino. Por otra parte, en los países centrales de la economía mundial se han implementado programas masivos de respuesta mediante el aumento del gasto y las políticas monetarias para contrarrestar los cuellos de botella, el cierre de empresas y el desempleo; no obstante, estas medidas posiblemente han contribuido a producir un efecto de sobrevaloración de las acciones y demás activos financieros.

Un efecto colateral de la expansión y profundización de la pandemia en la esfera del capital y el trabajo ha sido la ampliación de las formas de comercio electrónico mediante el uso de plataformas digitales por internet, la ampliación de la logística concomitante en la distribución de mercancías y el uso de trabajo supeditado a esas actividades, además de la activación

del trabajo en casa y la educación a distancia. Ello ha significado que de manera inmediata se sustituya capital social fijo (instalaciones, infraestructura), se implemente de forma masiva mecanismos automatizados y digitalizados, además de que se profundice la precarización del trabajo.

La crisis también ha significado la destrucción de capitales, trabajo e infraestructura, debido al estrangulamiento por el paro forzado y la insolvencia de empresas ahogadas en deudas, obligadas a pagar rentas y comprometidas a sufragar salarios, pero sin recibir liquidez, salvo en los casos que los gobiernos ofrecieron apoyos fiscales. En tanto que los grandes capitales que resultaron beneficiados lograron acumular grandes ganancias empresariales y subir sus acciones, además de concentrar capitales para adquirir posiciones monopólicas. Esta circunstancia plantea interrogantes acerca de la posible disminución de gastos improductivos en las empresas, la depuración de la organización del trabajo, el uso de procesos automatizados y la sustitución de trabajo vivo, aunado a los efectos favorables en el incremento de las ganancias y valores accionarios de las empresas de la industria sanitaria global y de las corporaciones que gestionaron o se sumaron a la ola digital, en contraste con las que fueron marginadas y están en riesgo de desaparecer, sino es que ya lo han hecho. La modalidad de trabajo a distancia ha representado un ejercicio masivo para disminuir gastos improductivos, pero también para que el capital ejerza mayor presión sobre los trabajadores, al intensificar los horarios de trabajo, los ritmos de producción, despedir personal y disminuir los salarios.

Referencias

Banco Mundial (BM) (11 de octubre de 2021). «La deuda de los países de ingreso bajo aumenta hasta una cifra récord de USD 860 000 millones en 2020». Recuperado de https://www.bancomundial.org/es/news/press-release/2021/10/11/low-income-country-debt-rises-to-record-860-billion-in-2020

Banco Mundial (BM) (s/f). «Crecimiento del PIB (% anual)». Recuperado de https://datos.bancomundial.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?view=chart

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2021). *Panorama social de América Latina 2020*. Santiago: Cepal.

Kelion, L. (10 febrero 2021). «Escasez de microchips: por qué hay una crisis de semiconductores y cómo puede afectarte». *BBC*. Recuperado de https://www.bbc.com/mundo/noticias-55955119

Forbes Staff (23 de septiembre de 2021). «Escasez de microchips le costará 210 000 mdd al sector automotriz». *Forbes*. Recuperado de https://www.forbes.com.mx/negocios-escasez-microchips-costara-210000-mdd-sector-automotriz/

Fondo Monetario Internacional (FMI) (2021). «La recuperación en tiempos de pandemia. Preocupaciones sanitarias, trastornos del suministro y presiones de precios». *FMI*. Recuperado de https://www.imf.org/es/Publications/WEO/Issues/2021/10/12/world-economic-outlook-october-2021

Organización Internacional del Trabajo (OIT) (25 de enero de 2021). «Observatorio de la OIT: la covid-19 y el mundo del trabajo». Recuperado de https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/documents/briefingnote/wcms_767045.pdf»

Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA), Organización Mundial de la Salud (OMS), Programa Mundial de Alimentos (PMA) y Fondo

de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) (2021). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2021. Transformación de los sistemas alimentarios en aras de la seguridad alimentaria, una mejor nutrición y dietas asequibles y saludables para todos*. Roma: FAO.

Organización de las Naciones Unidas (ONU) (13 de julio de 2020). «Cerca de 50 millones de personas sufren hambre en América Latina y el Caribe». *Noticias ONU*. Recuperado de https://news.un.org/es/story/2020/07/1477361

Organización de las Naciones Unidas (ONU) (2020). «Sostenibilidad de la deuda externa y desarrollo». Recuperado de https://unctad.org/system/files/official-document/a75d281_es_1.pdf

El Financiero (11 de octubre de 2021). «Desabasto mundial de chips ‹enriquece› a estas ciudades mexicanas». *El Financiero*. Recuperado de https://www.elfinanciero.com.mx/empresas/2021/10/11/desabasto-de-chips-eleva-demanda-de-naves-industriales-en-el-pais-por-covid/

Padilla, R. (17 de octubre de 2021). «El gran ganador de la escasez de chips en el mundo». *El País*. Recuperado de https://elpais.com/economia/negocios/2021-10-18/el-gran-ganador-de-la-escasez-de-chips-en-el-mundo.html

Sánchez, C., Hill, R., Mahler, D., Narayan, A. y Yonzan, N. (2021). «La pandemia de covid-19 (coronavirus) deja como consecuencia un aumento de la pobreza y la desigualdad». *Voces*. Recuperado de https://blogs.worldbank.org/es/voices/la-pandemia-de-covid-19-coronavirus-deja-como-consecuencia-un-aumento-de-la-pobreza-y-la

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional